ABC 4 mayo 1958 (51) 93

ESPAÑA - PORTUGAL

Cuando los domingos, después de almorzar en las afueras, regreso a casa, suelo enfrentarme con la caravana de coches, autobuses, motoristas y peatones que sube camino del estadio Bernabéu. Se me mira, entonces, con curiosidad. Ninguno de aquellos enfebrecidos aficionados que van a vociferar, inmóviles, durante dos horas, a favor de su equipo, y de los que, a lo mejor, uno cae fulminado por la emoción de una jugada que no resiste su aorta, puede suponerse que exista un ser normal que vuelva la espalda a esa turbina de pasiones, a ese venero de placeres que es un partido de futbol. Se me mira, sí, como a un extranjero que vistiese llamativamente, y por el solo hecho de ir hacia Colón, me veo objeto de comentarios, unos de sorpresa y otros de burla. Experimento, así, cada semana, la sensación de haberme evadido de mi tiempo, de ser una rueda que gira en contrario y que corre el riesgo de estropear una bien trabada maquinaria.

Con la singularidad que me atribuye el ir en dirección opuesta a la de la flecha y el sobrarme alguno de los dedos de la mano para contar los partidos de futbol a los que he asistido en mi vida desde que entré en la adolescencia, humildemente, por tanto, y casi sin voz, me atrevo a preguntar, ahora ya aquietados los ánimos por las varias semanas pasadas desde el último encuentro: ¿Es absolutamente imprescindible que juguemos contra Portugal?

Mi analfabetismo en lo que atañe al futbol es absoluto y, desde luego, sin riva posible. Nadie ignora tanto como yo y desde hace más tiempo y, para acabar de complicar las cosas, nadie puede estar más resuelto que yo a seguir ignorando en el futuro. Por eso interrogo a los doctores y técnicos del deporte en una actitud de completa sumisión. Estoy dispuesto a que se me conteste negativamente, a tomar por buenas las razones que se me den y a bajar, en consecuencia, la cabeza, aceptando, entonces, como un hecho irremediable, como una especie de fatalidad sin escape, el que, cada cierto número de años, los equipos representativos de España y de Portugal hayan de pelear delante de unos millares de fanáticos. Si hago la pregunta, es porque aún espero ilusionadamente, que, alguien me dé una respuesta consoladora, que alguien se acerque a mí y me diga: —"Pues, mire usted, la verdad, no. Imprescindible no es..."

Ojalá sea así, porque, aunque profano, he llegado a la conclusión de que los daños que producen esos deportivos duelos, son superiores a los beneficios. Por unas u otras causas—las temperamentales quizá, acaso otras de diversa índole—, el caso es que tradicionalmente se va a ellos con una carga de pasión que rebasa la normal y aconsejable. Este de España y Portugal es un antiguo pugilato que se ha producido siempre con irascibilidad y violencia. Una sola ventaja tienen esos duelos: elevan la cultura general. Si los jugadores se dan masajes para fortalecer sus músculos, los espectadores repasan los viejos tratados de historia para cooperar al triunfo desde las tribunas. Unos, así, hablan de Aljubarrota; otros, de Felipe II, y mientras veintidós caballeritos están dándose patadas en las espinillas sobre el verde césped, cien mil "hinchas" de uno u otro bando aluden, con la precisión de un profesor, pero con la iracundia de los boxeadores, a aquellos episodios históricos que más pueden incordiar al adversario.

Salgo al paso de quienes pretendan tranquilizarme. Sí. Ya sé que ninguno de esos encuentros va a llevarnos a una guerra, ni a una ruptura de relaciones y que no hay, por tanto, que dramatizar las cosas ni sacarlas de quicio. Pero es indudable que, aunque no aboquen nunca a esos extremos catastróficos, contribuyen a la creación de una atmósfera enrarecida y hostil.

Cierto amigo mío, residente en Lisboa, donde regenta una casa de exportación, me confía sus cuitas. Cada partido España-Portugal le preocupa a él más que a los federativos o los contendientes. Su resultado le crea incomodidades y enojos. —En el fondo de mi alma—confiesa—yo ruego a Dios que dé el triunfo a los portugueses. Tal vez, si esto lo saben en Madrid, creerán que soy un mal patriota, pero, la verdad, es que las victorias de España agrian el carácter de mis clientes, y les llevan a reducir sus pedidos...

A mí no me sorprende nada de esto. Porque, si desde mi adolescencia no he sido nunca espectador de futbol, viví de cerca en mi niñez ese mismo cuadro. Del Ribadense y del Vegadeo os hablo, amigos aficionados. El Ribadense, F. C., no por futbol club, sino por Farmacia Casariego, que es donde tenía su domicilio social, llevaba por los años de la Gran Guerra una lucha a muerte con el Vegadeo. Los rapaces de Ribadeo volvíamos locos a cantazos a los vegadenses cuando, en el coche de Nistal, enfilaban el camino de regreso con el laurel de la victoria. Los de Vegadeo, del mismo modo, nos daban una somanta que nos dejaba temblando, cuando el Ribadense, Farmacia Casariego, cometía la imprudencia de triunfar en tierra enemiga. No, no, las cosas en su punto: yo ya sé, por lo que era aquello, lo que es hoy un partido España-Portugal, y me echo a temblar, con conocimiento de causa, cada vez que lo veo anunciado.

Pese a todo, si hay algo que justifique el que se celebren, yo me inclino disciplinadamente y me retiro por el foro. Mi propuesta es muy clara: rompámonos la crisma con nuestros amigos alemanes, o suizos, o húngaros, si a mano viene. No tendrá, en ningún caso, repercusiones peligrosas. Si salimos triunfantes, el honor nacional se envanecerá, y si se nos derrota, ya encontraremos, en la mala suerte o en la parcialidad del árbitro, excusas honorables que atenúen las hieles del fracaso. Pero dejemos en paz a Portugal y no permitamos en nuestro fraterno trato con él, la intromisión de estas espinas desagradables. Insisto: si hay alguna razón válida contra las mías, la doy por buena. Pero si sólo se trata de llenar unas fechas o de asegurar unas taquillas, o de sacar de apuros la contabilidad de un club, entonces, no. Aun en las familias mejor avenidas existe un tema tabú del que la prudencia aconseja alejarse para no turbar su paz. Unas veces es la política; otras, los negocios; otras, el pasado sentimental de alguno de sus miembros. En nuestras relaciones con ese ejemplar y admirable pueblo portugués, el tema tabú es el futbol. A mi entender, sería inteligente y discreto que lo orillásemos de una vez por todas.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española